

¿Dónde están los estudiantes radicales del 68?

JOSEP MARIA COLOMER

El plazo de diez años puede ser, para un movimiento que en su día pareció provocar una auténtica conmoción social, un término adecuado —algo así como los convencionales cien primeros días de un nuevo Gobierno o el primer año de una pareja— para verificar si mantiene la frescura inicial y las expectativas de futuro que creó en su momento.

Evolución política

No es excesivamente difícil hacer un balance estrictamente político (después ya veremos la parcialidad del intento, diversamente instrumentalizado a estas alturas) de lo que ha quedado entre la juven-

tud española, al cabo de una década, de la influencia contestataria y radical de aquel mayo francés y de las diversas corrientes revolucionarias que a partir de él proliferaron por Europa. Advertido de entrada que, en cuanto a datos concretos, me limito a la evolución de aquellos que podrían ser considerados participantes en uno de "nuestros sesenta y ochos", particularmente el movimiento universitario de Barcelona entre octubre de 1968 y el 17 de enero de 1969, día en que se asaltó el rectorado y se cerró la Universidad, escasas fechas antes de que Manuel Fraga Iribarne anunciara el estado de excepción en toda España. Pero muchos de los principales aspectos de esta

evolución valen sin duda también para otras Universidades y, sobre todo, para círculos sociales más amplios que de alguna manera han formado parte de la juventud española nacida entre el final de la segunda guerra mundial y la supresión de las cartillas de racionamiento.

En el panorama político de ese curso universitario destaca la Unión de Estudiantes Revolucionarios (UER), formada bajo el impacto directo del 68 francés, que fue la plataforma más activa en el movimiento de ocupaciones de cátedras, expulsión de catedráticos incompetentes y reaccionarios y crítica ideológica de la enseñanza. En sus boletines se decía: "No nos

dejemos imponer la tontería y el conformismo; expulsémoslos de la Universidad". Y su encabezamiento era siempre: "Año del guerrillero heroico". A su lado, las Comisiones de Estudiantes Socialistas (CES), fundadas un año antes, que propugnaban el poder estudiantil y la violencia revolucionaria. Completaban el panorama los partidos presentes en el período anterior: Partit Socialista Unificat de Catalunya y Front Obrer Català (FOC, vinculado al FLP), así como una escisión del primero, el PCE (i). Podemos advertir ya una notable diferencia con los grupos radicales de Francia e Italia en la misma época; en nuestro caso sus componentes no proceden principalmente de los partidos de la izquierda clásica, en particular del Partido Comunista, sino que han surgido por otros caminos. Sin duda, ello no dejó de tener influencia en la evolución posterior de los mismos, precisamente "hacia" el Partido Comunista.

En el curso siguiente, 1969-70, se ha producido ya un notable trasiego de siglas. De la UER han salido los Estudiantes Marxistas-Leninistas (EML) y un núcleo de Bandera Roja; los primeros estudiantes trotskistas (después LCR) proceden del desaparecido FOC; de las CES se han formado los Comi-



Pasión política e intelectual, curiosidad incansable, sana capacidad de indignación, entrega desinteresada, fueron características de esos universitarios españoles nacidos entre el final de la segunda guerra mundial y la supresión de las cartillas de racionamiento.



Lo personal y lo político formaban parte de una misma concepción y de un mismo activismo renovador (dos imágenes de la Universidad de Madrid en mayo de 1968).

tés de Huelga Estudiantil (CHE), que propugnan la abolición de la Universidad y consideran a todos los demás grupos lacayos de la oligarquía. El PCE (ii) sigue. Es la época de la búsqueda de una alternativa política, del estudio de los clásicos del marxismo, de la preocupación por desentrañar las auténticas características de la "formación social española", de la voluntad de perfeccionar los elementos de una estrategia revolucionaria al socialismo que confiera sólidas señas de identidad y larga perspectiva de futuro a la nueva izquierda surgida de la explosión del 68. Pero el intento no durará mucho. En 1970, los CHE se disuelven, aunque una pequeña parte aún más radicalizada actuará un año más con la firma de Milicias del Partido Comunista Proletario. Algunos ex CHE pasan a los EML, otros directamente al PSUC. A principios de 1972, la mitad de los Estudiantes m-I Ingresan en el PSUC y la otra mitad en Bandera Roja. Como es sabido, en 1974 la mayor parte de BR también se integrará en el PSUC. En el PCE (ii) también habrá escisiones y abandonos. Incluso la LCR, la más veterana de las organizaciones de esta área, parece hablar menos de alternativa y más de presionar a que comunistas y socialistas cambien su política. Por cierto que en este terreno también podemos referirnos a otra diferencia con la situación francesa. Ha habido una clara recomposición de la izquierda tradicional a costa y en base a militantes de los grupos radicales nacidos del 68. Pero en nuestro caso apenas se ha producido el fenómeno de trasvase de la extrema izquierda hacia el Partido Socialista. (Aunque también es verdad que los estudiantes de mayo se encontraron a menudo a los dirigentes socialistas en las manifestaciones mientras que nosotros los descubrimos años después, generalmente en las superestructuras de las instancias unitarias.)

La huella personal del 68

Pero sería totalmente parcial y miope limitarse a hacer este simple balance de organización política. La influencia del 68 sobre una amplia franja de la juventud intelectual de la época alcanzó áreas mucho más diversas y tal vez más decisivas a la larga en el terreno familiar, moral, sexual. No es que entonces tuviéramos una clara conciencia de "lo personal" como ámbito de transformación humana y social. Lo personal y lo político formaban parte de una misma concepción y de un mismo activismo renovador. Tal vez hasta la eclosión de los movimientos feministas no se haya acabado de producir el descubrimiento consciente de ese terreno específico de las relaciones personales como esfera del cambio social. Pero sí se produjo entonces, como resulta obvio, una profunda alteración de los hábitos, costumbres y tendencias en la vida cotidiana de los estudiantes radicales, para medir la profundidad de la cual bastaría compararla con el proceder y los valores en este campo de los delegados del Sindicato Democrático, sin ir más lejos.

Mayor ha sido la influencia de estos cambios en las generaciones siguientes. Pero también aquí se ha producido una visible evolución. Hay aspectos que contrastan fuertemente con las actitudes de los actuales universitarios, aquellos que en el 68 no hacía muchos años que habían hecho la Primera Comunión. Haberlo descubierto casi todo participando en un movimiento de masas radical y en la actividad clandestina de los setenta es algo que transforma y enseña, y que difícilmente puede ser sustituido. En gran parte, nosotros nos marchamos de la Universidad, o al menos de la vida académica, precisamente por ganas de conocimiento. Esa pasión política e intelectual que nos hacía interesar por cual-

quier huelga en una fábrica de docientos trabajadores, o seguir con atención y tensión de ánimo las vicisitudes de la China Popular o de la guerra del Vietnam (y otros conflictos mucho más alejados social y políticamente); la curiosidad incansable, la sanísima capacidad de indignación ("acumulad rabia", decían las paredes de la Sorbona), la entrega desinteresada que llevó a algunos incluso a la "proletarización" física, ¿existen todavía en las nuevas generaciones?

En uno de estos ratos conmemorativos me he entretenido en reconstruir la peripecia personal de las dos docenas de estudiantes que componían la UER de Económicas en el otoño del 68. Sin duda, la muestra es escasa y no vale a efectos estadísticos, pero el reclutamiento y los resultados son muy significativos. Actualmente la dispersión es absoluta. La mayor parte de los susodichos hace años que sólo nos vemos el pelo de vez en cuando, lo cual no impide que los mejores amigos que se conservan sean de aquella época. Sólo la mitad hacen de economista (aunque la mayoría acabó, a trancas y barrancas, la carrera). Apenas dos o tres dan clases en la Universidad. Sólo la mitad se ha casado, aunque casi todos han vivido emparejados en determinados periodos. Nadie ha tenido hijos (si hay alguno, que avise; pero el dato es realmente notable para personas que tienen entre veintisiete y treinta y dos años de edad). Aproximadamente la mitad ha votado PSUC, pero sólo la mitad de éstos están afiliados (se trata de personas que mantuvieron un altísimo nivel de actividad política durante años), poquísimos siguen en algún grupo de extrema izquierda (básicamente LCR) y hay un par que han votado socialista (uno, afiliado) e incluso otro Esquerro Republicana. El resto se ha ido a casa. Sin elevar la anécdota a categoría, rasgos parecidos caracterizan a los antiguos militantes de las

CES, los EML, los CHE y demás grupos de la época, con matices según el grado de identificación con el movimiento propiamente contestatario y la juventud de los interesados.

La pretensión de resucitar la vigencia de algunos de los valores de crítica cultural del 68 —incluyendo en cultura la vida cotidiana y personal y la vida política y colectiva— parece condenada a moverse entre la simple retrospectiva nostálgica de quienes ya han perdido todo aquello y la instrumentalización ideológica para diversos proyectos de futuro de aquellos que nunca lo compartieron.

Es difícil repetir la crítica a la "Universidad burguesa", productora de ingenieros, economistas, ideólogos, funcionarios al servicio del sistema, cuando la Universidad ha llegado a límites tan caóticos como los de los últimos años y las perspectivas profesionales van reduciéndose al paro y al trabajo negro. Pero quizá sería un exceso de benevolencia atribuir a este paro de licenciados el espíritu de competitividad y de carrerismo que se ha reproducido entre muchos de los estudiantes y profesores que han llegado a serlo en los últimos años, con sus secuelas de revalidación del prestigio de la función académica, el rango, el título y la "posesión" del saber, tan criticados hace diez años.

Es difícil sustituir el vacío dejado en las relaciones personales por la desaparición del activismo político y de la toma de conciencia conjunta, pero esas relaciones, sin otro objeto más que ellas por sí mismas, son necesariamente vacías y acaban perjudicando a las relaciones con el resto del mundo. Y no resulta muy alentador ponerse ahora a aspirar a una spacible y rutinaria vida doméstica sin sobresaltos. Tampoco es fácil alimentar el ritualismo y la multiplicación hasta el infinito de las relaciones de poder existentes en el seno de los partidos de la izquierda histórica —más bien influidos por la resaca que por el impulso imaginativo del 68, por más que se teorice la "renovación" de la izquierda europea como consecuencia de esa fecha—. Añádase a ello la modorra de la vida política española actual.

El balance, a los diez años, puede ser, pues, bastante mísero en el terreno político, y de efectos penetrantes, aunque contradictorios, en el terreno personal. A la vista de lo expuesto, a uno le viene curiosamente a la memoria aquel "slogan" del 68 que aconsejaba con perentoriedad desde las paredes del Odeón: "Tomémonos en serio la revolución (y aquí que cada uno ponga lo que quiera, porque desde luego hay cosas que más vale tomárselas a coña), pero no nos tomemos en serio a nosotros mismos". Aunque tampoco hay que olvidar el mensaje de aquella pintada de Nanterre: "Aquel que una vez abrió los ojos, no puede volver a dormir tranquilo". ■